

(Traducción en español para Hispanoamérica)

Conexión CH, Rocca di Papa, 24 de enero de 1991

“La Palabra en el primer lugar”¹

Queridísimos:

Lo que no debía suceder nunca, sucedió. Desde hace ocho días comenzó una guerra aterradora y en todo el mundo se vive con el alma en vilo, con el temor que ésta se extienda e involucre a otros pueblos.

También muchos de nuestro Movimiento están ya sufriendo en naciones más o menos afectadas con el actual flagelo en: Irak, Israel, Jordania, Estados Unidos, Turquía, etc.

No obstante las múltiples oraciones, incluyendo las nuestras, Dios permitió la guerra. ¿Por qué? Porque la voluntad de algún responsable no coincidió con la suya, expresada por el coro de voces de los que tenían más razón y que el Santo Padre, la mayor autoridad espiritual y moral del mundo, ha resumido y concentrado en sus constantes llamamientos a la paz, a la inutilidad de la guerra para resolver los problemas y poder evitar así, sus inevitables consecuencias catastróficas.

Esperemos solamente que, en los misteriosos planes de Dios y con su infinito amor, quiera sacar algún bien incluso de este inmenso mal, como lo hizo durante la última guerra mundial al menos por lo que se refiere a nuestro Movimiento. No lo mereceríamos, pero conocemos la inmensidad de su misericordia. Por esto, y antes que nada, para que vuelva la paz, no dejaremos de rezar. ¡Al contrario!, ahora nuestro ‘time out’ tendrá que ser aún más intenso.

Además, en este momento todos debemos sentirnos llamados a seguir con decisión una línea de vida que corrija, al menos dentro de nosotros (¡y por la comunión de los santos, en otros muchos!), el error que se ha cometido.

Los hombres no han hecho la voluntad de Dios, del Dios de la paz, sino que han hecho su propia voluntad.

Nosotros tenemos que comprometernos como nunca lo hicimos, a cumplir perfectamente su voluntad, que se expresa en sus Palabras.

Sus Palabras hoy deben tener para nosotros una importancia muy especial.

Si hemos elegido a Dios como Ideal, y ésta es nuestra identidad, si lo hemos puesto en el primer lugar, esto requiere en práctica que pongamos en el primer lugar de nuestro corazón su Palabra, su voluntad. Ésta debe estar por encima de todo lo demás. Ante ella, cualquier otra cosa debe llegar a ser para nosotros, en cierto modo indiferente,

¹ C.LUBICH, *Santificarse juntos*, Madrid 1994, págs. 70-73.

con aquella santa indiferencia de la que hablan algunos santos. No debe tener tanta importancia en nuestra vida, por ejemplo: estar sanos o enfermos, estudiar o servir, dormir o rezar, vivir o morir. Lo importante es vivir la Palabra, ser Palabra viva.

Así se vivía en los primeros tiempos de nuestro Movimiento cuando, precisamente en el marco de otra guerra, el Espíritu nos había apenas iluminado sobre al valor de las cosas.

Quiero recordar también aquí, para ser lo más clara posible, un episodio de aquellos tiempos, emblemático y para algunos ya conocido, y que nos dice hoy, como entonces, cómo comportarnos.

El Movimiento había empezado a difundirse también en Roma y se necesitaba una casa. Era muy difícil encontrarla, pero providencialmente se nos ofreció una, y teníamos también el dinero que era necesario entregar como anticipo. Entonces, fuimos a ver a nuestro Arzobispo de Trento para informarle.

Él estaba pensando, mientras tanto, cómo asegurarse aún más de que nuestra Obra fuese una Obra de Dios, y se había acordado del "signo de los signos" indicado por su fundador Gaspare Bertoni: la obediencia. Había pensado, pues, ponernos a prueba.

Cuando llegamos ante él, le expusimos nuestra intención, pero él enseguida se opuso con un rotundo "no", poniendo como motivo de su respuesta los tiempos que corrían.

Nuestra reacción - que al Obispo le tranquilizaba por el signo obtenido - fue inmediata: alegría y júbilo. Habíamos conocido la voluntad de Dios y nosotras queríamos hacer sólo ésta. Habíamos comprendido demasiado bien lo que significaba, y se había manifestado en lo que el Obispo nos había dicho. No nos importaba en absoluto, tener o no tener una casa sino poder hacer la voluntad de Dios. Esto era el Ideal.

Así debemos comportarnos también hoy.

¿Ha sufrido un cambio brusco y doloroso la vida de alguno de nosotros?

¿Debemos correr con frecuencia a los refugios, exactamente como en aquellos tiempos lejanos, pero tan queridos por nuestro corazón? ¿Pasamos momentos de miedo, de angustia, con dudas incluso de perder la vida?

O, ¿llevamos la vida de siempre, con los compromisos cotidianos, todavía lejos del peligro?

Que para todos valga lo que más vale: no esto o aquello, sino la Voluntad de Dios.

La Palabra de Vida del mes próximo dice: "*Éste es mi Hijo, el Amado, escúchenlo*" (Mc 9,7).

Sí, es necesario escucharle, poner su Palabra en el primer lugar de nuestro corazón, de la memoria y de la mente. Poner antes que cualquier otra cosa, todas nuestras fuerzas a su servicio.

Y para concretar, escuchemos durante este mes esa Palabra que dice: "*No se haga mi voluntad sino la tuya*" (Lc 22,42).

Por medio de ella, poniéndola todos en práctica, rectificaremos –al menos en nosotros- el error que se ha cometido. A través de ella, Cristo permanecerá en nuestro corazón y así estaremos todos más compactos, más unidos, seremos más uno, compartiéndolo todo, rezando con eficacia los unos por los otros y para que vuelva la paz.

Queridísimos todos, ¡hasta pronto, hasta pronto esperando tener mejores noticias!

Chiara Lubich